

LOS MARINEROS DEL EVANGELIO

Juan Ignacio CUARTERO NÚÑEZ
General de división de Intendencia de la Armada (RR)



El domingo 3 de abril de 1955, mi padre, artillero y comentarista de estrategia militar, presentó en Radio Nacional de España, en el tercer programa de la noche, un comentario que tituló «Los soldados de la Pasión». En él glosaba los caracteres y actuaciones de los soldados que aparecen en el Evangelio: el centurión de Cafarnaúm, el del Calvario —Longinos—, Cornelio de Cesárea y el tribuno Claudio Lisias —protector de Pablo en Malta—. Comentaba que todas las actividades humanas de la inteligencia o del trabajo, del mando o de la obediencia, tienen en el Evangelio la referencia justa que debe servirles de lección y norma de conducta, y que cada uno en su profesión encontrará en el Nuevo Testamento el ejemplo necesario para su propia vida y actividad.

Este comentario se escribió tres años antes de mi ingreso en la Escuela Naval Militar (ENM) en 1958, pero siempre lo he tenido presente a lo largo de mi vida profesional en la Armada. Desde aquella primera época en Marín, de amaneceres

lluviosos de la ría de Pontevedra, en que oíamos las sirenas de los barcos pesqueros que se hacían a la mar con buen y mal tiempo, y que después nos enterábamos de que algunos no regresaban, siempre he admirado el duro trabajo, dedicación y sacrificio de los pescadores, y he considerado que de los Doce Apóstoles—siete eran pescadores y el resto vivían en las cercanías del mar de Galilea— y de sus formas de actuar podríamos obtener el ejemplo y la norma de conducta para nuestra vida.

En estas líneas pretendo desarrollar el medio geográfico en que se encontraban, los materiales que usaban, la pesca que realizaban y la personalidad propia de los que podríamos denominar *Los marineros del Evangelio*.



El mar de Galilea, también llamado lago de Tiberíades o de Genesaret —debido a su forma de arpa—, es un lago de agua dulce de 21 kilómetros de norte a sur y 13 de este a oeste. Tiene una profundidad de 48 metros y se encuentra a 212 bajo el nivel del mar, lo que le convierte en el lago de agua dulce menos elevado del mundo, siendo su superficie de 166 km² y su perímetro costero de 53 kilómetros.

Un amigo me decía que para entender bien el Evangelio tiene que ponerse uno en la propia escena que se relata y,

bajo este punto de vista, siempre he pensado que, aunque no en su forma pero sí en su superficie, la ría de Pontevedra, de 145 km², es similar al mar de Galilea. En su orilla occidental se encuentran las ciudades de Cafarnaúm (Ciudad de la Consolación), Betsaida (Casa de Pescados o Pescadería), Magdala y Tiberiades —construida esta última por Herodes para su palacio de verano y en honor al emperador romano Tiberio—. En la orilla oriental tenemos al norte Betsaida Julia y hacia el sur Gerasa, Gamala y, a la salida del Jordán, Hippos. Para hacernos una idea de sus características maríneas con viento regular, saliendo de Betsaida Julia —al norte— se llega a Hippos —al sur— en hora y media, más o menos el tiempo que se emplea en ir de las islas Ons a la isla de Tambo; y la distancia de Magdala —al este— a Gerasa —al oeste—, se recorrería en tres cuartos de hora, que sería similar al invertido en ir de Bueu a Portonovo.

El mar de Galilea se encuentra rodeado de montañas que en su parte occidental son verdes y en su parte oriental áridas y desérticas, produciéndose repentinas tormentas, dado que los vientos del oeste que soplan sobre las montañas descienden formando remolinos a través de centenares de gargantas y valles muy estrechos. El Gran Cofre es el nombre de unas rocas situadas entre la Betsaida de Galilea y Cafarnaúm, donde según los pescadores se oyen retumbar las olas del mar grande cuando desde occidente se avecina una tempestad. Es posible que Simón el pescador dijera: «El Gran Cofre retumba, podría haber tormenta y el sol a poniente se ha enrojecido»; no obstante, obedece al Hijo del Carpintero y embarca, aunque se permite apuntarle que han estado trabajando toda la noche sin conseguir nada, sin darse cuenta de que Él sabía todo lo que habían estado haciendo.

Uno de los oficios más comunes en Palestina era el de pescador, al que se dedicaban los habitantes de las riberas del mar de Tiberíades o del Mediterráneo. La pesca se hacía con caña o con red, siendo las más utilizadas las jabegas y los esparaveles. La primera es una red larga, sostenida a flor de agua por corchos y trozos de madera, mientras que en la parte inferior tiene plomos o pesos para que baje al fondo. Se extiende en el agua y desde tierra se trae arrastrando toda clase de peces; es la pesca que en el Levante español se denomina «copo». El esparavel es una red más pequeña, de forma circular, que se arroja con destreza para que caiga extendida sobre los bancos de pesca, para posteriormente ser recogida a bordo por uno o dos hombres. Las barcas pesqueras de aquella época tenían una eslora de 8,2 metros y una manga de 2,3 y estaban fabricadas con maderas de distintos tipos, entre las que predominaban el cedro y el roble. Podrían ser algo parecidas a los nueve metros utilizados en la ENM para instrucción marinera.

Con respecto al producto de la pesca, habrá de tenerse en cuenta que en Palestina se comían todos los pescados de mar o de río que tuvieran espinas y escamas, no así con aquellos que no las tuvieran, ya que eran considerados inmundos. Los típicos del mar de Galilea eran los «peces peine», planos y de 15 centímetros de largo, con una cabeza grande y una espina en forma de peine que le corre el dorso, al que también se le llama *pez de San Pedro*, ya que según la leyenda fue por la boca de este pez por donde Pedro sacó la moneda del tributo.

La resonancia marinera de «vamos a la otra orilla» o de «rema mar adentro» nos hace recordar el «embarca bote» de las dotaciones de los nueve metros en la ENM, previa a armar remos o arbolar palos. Se ha querido presentar a los Doce como gente muy humilde, y ciertamente no son ricos ni poderosos, pero ello no significa que pertenecieran a las clases inferiores de la sociedad. Hoy los clasificaríamos entre la burguesía medio-baja. Probablemente fueran socios, estando al frente de ellos Simón. El derecho de pesca en el lago se arrendaba al mejor postor, que sería algún personaje de Cafarnaúm o Tiberíades que, como sucede con frecuencia, se lo cedía en subarriendo a otros que realizaban las labores de pesca duras y sufridas, que templaban el espíritu y curtían los cuerpos, acostumbrándolos a todos los sacrificios y renunciaciones.

Comenta Papini: «No por azar elige Jesús sus primeros soldados entre los pescadores; el pescador que vive gran parte de sus días en la pura soledad del agua es el hombre que sabe esperar. Es el hombre paciente que no tiene prisa, que echa su red y confía en Dios. No sabe al partir si volverá con la barca colmada o sin un pez siquiera que poner al fuego para su almuerzo. Se consuela del día malo pensando en el bueno que viene y en el que vendrá. No desea enriquecimientos imprevistos y se contenta con cambiar el fruto de la pesca por un poco de pan y de vino». Fray Justo Pérez de Urbel dice que tenían la prudencia de los hombres sencillos, eran rectos y honra-

TEMAS GENERALES

dos y, sin proceder de familias pudientes, podían vivir holgadamente de su trabajo.

En los Hechos de los Apóstoles se define a Pedro como inculto e ignorante. De que era inculto no debe haber duda, pues su educación fue rudimentaria. Pablo hablaba griego y latín, pero Pedro solo, hasta Pentecostés, el arameo materno. Era lento en la comprensión y precipitado en la acción: corta la oreja de Malco, se duerme cuando debe estar vigilante y no se deja lavar los pies; es impulsivo: se adentra en el mar y comienza a caminar sobre las aguas, hasta que dándose cuenta del peligro comienza a hundirse, y finalmente, se abate con facilidad en las tres negaciones. También es muy humilde: cuando el centurión Cornelio cae de rodillas para adorarlo, Pedro lo impide y le ordena «Levántate, yo también soy un hombre». Su humildad era tan genuina como su humanidad. Incurrió en errores y su aprendizaje fue duro, pero en el Concilio de Jerusalén del año 49 defendió que todos los hombres, gentiles y judíos, son iguales ante Dios. Es indudablemente investido del mando de la naciente Iglesia, y con ningún otro de los Doce se identificó el mismo Jesús como con Pedro, al ordenarle en Cafarnaúm que pagase a los recaudadores del templo «Por ti y por Mí». A pesar de su vehemencia, algo irreflexiva, está hecho para el mando, con una preeminencia reconocida por todos: Juan, que corre más, espera a que llegue Pedro para entrar al Sepulcro. Rafael Alberti, en su poesía *Basílica de San Pedro*, puede que defina su carácter con un rasgo de buen humor:

«Di, Jesucristo, ¿por qué
me besan tanto los pies?
Soy San Pedro aquí sentado,
En bronce inmovilizado;
no puedo mirar de lado
ni pegar un puntapié,
pues tengo los pies gastados,
como ves.

Haz un milagro, Señor.
Déjame bajar al río,
Volver a ser pescador,
que es lo mío.»

Juan prueba su oficio de pescador al comentar sobre la recogida de la milagrosa pesca: «Con ser tantos, no se rompió la red». Nos podríamos preguntar quién que no fuese pescador se habría preocupado en aquel momento de la condición en que estaba la red. A una persona de distinto oficio o a un estudioso que escribiera en su mesa de trabajo nunca se le hubiera pasado por la imaginación semejante detalle, mas para el pescador de Galilea, que consigue una buena redada, la red es siempre motivo de intranquilidad porque el fondo



del lago, antes de llegar a la orilla, se encuentra cubierto de piedras de elevado grosor que podrían dañar las redes.

De los Doce, siete eran pescadores: Simón y su hermano Andrés, Tomás Dídimo —inconstante en la espera tras la Resurrección—, Santiago el Menor —hijo de Alfeo—, Felipe —natural también de Betsaida— y Juan y Santiago el Mayor —los hijos del Zebedeo—. Los otros cinco serán Bartolomé —un verdadero israelita en el que no hay engaño—, Mateo —publicano y seguramente el más pudiente de los Doce—, Simón Celotes, Judas Tadeo —hermano de Santiago el Menor— y Judas Iscariote —tendero de Kerieth, que fue el traidor—.

Una de las características fundamentales para que una maniobra marinera se realice con garantía de éxito es que se mantenga el silencio durante su ejecución. Como decía don Julio Guillen, «es el silencio solo roto por el sonido de los chifles del contramaestre, forma de expresión concisa, aguda y penetrante, que supera toda clase de ruidos, chirridos de cabos, bramar de las olas, silbar del viento, gualdrpear de las velas y de alcance suficiente para que llegue inconfundible a la gente que trabaja o marinea por los altos de la arboladura».

TEMAS GENERALES

«Vamos a la otra orilla», dice el Maestro. Pero para ir de la ribera oriental a Cafarnaúm (de este a oeste), la experiencia decía que había que aprovechar las primeras horas de la tarde; sin embargo, los remeros de Pedro, para hacer el viaje opuesto, de Cafarnaúm a Gerasa (de oeste a este), nunca hubieran escogido el atardecer para partir. Según Pérez de Urbel, en la barca, entre la quilla y el banco de remos, hay un pequeño espacio con un asiento destinado al patrón, y allí, sobre un «cabezal» —como dice Marcos—, duerme el Maestro. Los remeros contemplan el sueño «en silencio», solo obedecen a la voz del patrón. Están lejos de la costa, las olas chocan contra el costado de la barca y la noche se oscurece, el peligro les acosa y continúan remando en silencio hasta que al final piden auxilio y se produce la calma milagrosa. Llama la atención el respetuoso silencio que hay a bordo, desde la salida de Cafarnaúm, en que el Maestro se duerme o parece dormir, hasta que lo despiertan asustados por la tormenta. Este mutismo de los remeros durante el temporal nos permite valorar el fuerte carácter y gran disciplina de los pescadores del mar de Galilea.

Pablo no era marinero, su oficio era tejedor de telas para hacer tiendas, fabricante de lonas, pero en su segunda carta a los Corintios les comenta que tres veces naufragó, que estuvo una noche y un día como hundido en alta mar a punto de sumergirse y que se encontró muchas veces en peligros en la mar. Es por tanto que, aunque no fuera pescador, podemos considerar que era buen conocedor del mar y sus riesgos, tan de actualidad en nuestros días en que el Mediterráneo se cobra tantas vidas humanas.

En aquella época, la brújula no había sido descubierta y las grandes travesías se suspendían en invierno, dado que las nubes impedían ver las estrellas,



cuya observación era necesaria para establecer la situación del buque. Por otro lado, el hombre antiguo temía y odiaba al mar, que para él era un caos. Neptuno, dios del mar, estaba lleno de maldad y sed de venganza y exigía continuos sacrificios. Ningún otro pueblo estaba tan aferrado al concepto caótico del mar como el judío. En varios relatos bíblicos las olas del mar son símbolo de trastorno y confusión, y Juan, en el Apocalipsis, dice: «... y vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra desaparecieron y ya no había mar».

Pablo realiza por el Mediterráneo tres viajes misionales y un cuarto ya prisionero para Roma. En el primero (47-48) fue a Chipre y a Asia Menor; en el segundo (50-52) fundó la Iglesia de Corinto, y en el tercero (53-57) estableció la de Éfeso. En los Hechos de los Apóstoles se contienen los datos de su último viaje prisionero a Roma en el diario de Lucas, que se conoce como el «Capítulo Náutico», y que el biógrafo de Pablo —Holzner— cuenta que Nelson lo leyó a bordo del *Victory* en la mañana de Trafalgar.

En el otoño del año 60 se le encarga al centurión Julio, de la policía romana, el transporte de presos a Roma, entre los que se encuentra Pablo. Julio es amable y respetuoso con él, ya que seguramente le conocía con anterioridad, y permite que le acompañen en el viaje Timoteo, Lucas y Aristarco. A favor de las corrientes, bordeando Chipre, llega a Mira, en Asia Menor, entonces un gran puerto para el comercio del trigo egipcio. El centurión contrata una nave en la que llevar a los 276 presos y se hacen a la mar. Pretenden doblar Matalpán para llegar al mar Jónico, pero no pueden hacerlo por el mal tiempo y caen al sur, hacia Creta, arrumbando al puerto de Lacea, ancha bahía en la que hoy se conserva una capilla de San Pablo. En estos momentos, el centurión consulta al patrón del barco y a Pablo qué pueden hacer, y este desaconseja continuar el viaje, a la vez que el patrón se opone por temor a perder el cargamento. Se hacen a la mar y se levanta un fuerte temporal, teniendo que refugiarse en la pequeña isla de Cauda. En esta situación el patrón de la nave sacrifica parte del cargamento y lanza al mar el aparejo, velas y jarcias. Lucas escribe en su diario: «Había desaparecido toda esperanza de salvación». Pablo recibe en sueños el mensaje de que tiene que comparecer ante el César y que se le han concedido las vidas de todos los que navegan con él, lo que comunica a todos, les anima y continúa la difícil navegación. A los quince días llegan al mar de Adria, entre Grecia y Sicilia, y fondean allí. En la noche, Pablo descubre que un grupo de marineros pretende abandonar el barco en un bote, dejándolos a su suerte. Se lo dice al centurión, que ordena cortar las amarras de la pequeña embarcación, diciendo a los legionarios que están a sus órdenes: «Si estos no permanecen en el navío, no podéis salvaros». Frase que nos recuerda aquella otra del comandante del *Velasco* en el salvamento de la dotación del *España*: «Aquí nos salvamos todos o nos hundimos todos».

En estos difíciles momentos, surge el genio de Pablo, que promete salvar la vida de todos si cada uno cumple con su deber. Al amanecer intentan llegar a

TEMAS GENERALES

la costa, pero el barco encalla en las rompientes y es necesario echarse al agua y ganar la costa a nado. Ante la posible huida de los presos, un oficial romano pide permiso al centurión para matarlos, pero Pablo sale fiador de todos ellos y el centurión manda desatar las cadenas de los presos y da la orden de «Sálvese cada cual como pueda». Todos consiguen llegar a Malta, donde un funcionario romano llamado Publio socorre a los naufragos. En febrero del 61 embarcan de nuevo en La Valeta a bordo de un navío alejandrino cargado de trigo y consiguen llegar a Pozzuoli, cerca de Nápoles. Desde allí conducen a Pablo a Roma, donde con Pedro encuentra el martirio.

Destacan en el hacer de Pablo su gran humanidad con los prisioneros, su saber marinerero al procurar salvar el barco en la difícil situación, su lealtad al centurión avisándole de la sedición de la dotación y su sereno juicio en la tempestad que le permite salvar a todos, dotación y prisioneros.

En Grecia rendían homenaje no solo a las estatuas, sino a las piedras brutas, ya que un bloque sin labrar contiene en él todas las formas futuras, en tanto que habiendo pasado por el cincel del hombre no es ya sino su obra.

Los marineros del Evangelio poseen esa solidez y esa riqueza de los posibles, fuertes e impulsivos, susceptibles de equivocarse y flaquear, pero que manteniéndose inmutables en sus fundamentos serán capaces de llevar a cabo la mayor gesta de todos los tiempos.

BIBLIOGRAFÍA

- CUARTERO LARREA, Miguel: *Los Soldados de la Pasión*. RNE, 3 de abril de 1955.
PAPINI, Giovanni: *Historia de Cristo*.
DOBRACZYNSKI, Jan: *Cartas de Nicodemo*.
PÉREZ DE URBEL, Justo: *Vida de Cristo*, Orden de San Benito.
HEREDIA, Carlos María: *Memorias de un repórter en los tiempos de Cristo*.
HOLZNER, Joseph: *San Pablo, Heraldo de Cristo*.